

«LA VIDA CONSISTE EN CONFIAR»

AGALGA-01/22 Noviembre 2016/678

ADVIENTO-2016/17

(A mis hermanos del grupo “LITURGIA”)

Hay una diferencia esencial entre asegurarse la vida, asegurarse al otro, asegurarse a Dios, y confiar en la vida, en el otro, en Dios. Dicen que el equilibrio, la maduración afectiva y la capacidad de tener iniciativa dependen de la “*confianza existencial básica*”. Esta la aprendemos de niño en la relación con los padres, especialmente con la madre, en la primera infancia. A este nivel, la confianza presupone la seguridad: ser alimentado, cuidado, querido... La confianza nace de la calidad de la relación interpersonal. Si necesito controlar al otro, en vez de confiar, la relación está deteriorada en su raíz.

Si esto se aplica a la relación con Dios, comenzamos a diferenciar la religiosidad que humaniza y la religiosidad que destruye. Esta última, vive bajo el poder del miedo y utiliza a Dios mediante ritos: “*Hay que ganarse a Dios con buenas obras*”. La que humaniza es confianza radical: “*Ocurra lo que ocurra estoy en buenas manos*”:

*¡Cuando todo me va mal, Señor, tú eres mi amigo!
En el día de la angustia y depresión yo te invoco;
yo sé, estoy seguro, que me vas a dar una respuesta;
como tú. Oh Dios, no hay nadie parecido, nadie tan cercano
que se interese por el dolor del hombre tirado en la cuneta.*

*En Ti pongo mi esperanza, confío en Ti con toda el alma,
confío en Ti, porque sé que nunca me dejarás,
no me abandonarás, me ayudarás a vencer mis tentaciones.
Me encaminarás en la verdad, serás la luz que me guía
y el alimento que me fortalece.*

*Sólo tú eres grande, sólo tú haces maravillas con nosotros,
deja en mi vida un signo de tu ternura y tu bondad;
deja en mi corazón la señal de tu paso, de tu gracia,
para que mi pobre fe se haga fuerte al caminar.
¡Cuando todo me va mal, Señor, tú eres mi amigo!*

La confianza no evita ni el conflicto, ni la amenaza. Precisamente, es más fuerte que el miedo porque no necesita asegurarse nada; confía de verdad con corazón humilde y fuerte.

No necesito dominar la vida, pues la vida consiste en confiar. Pero advirtamos que hay una seguridad en lo religioso, camuflada de confianza, por ejemplo, cuando se dice que no hay infierno, como si tuviésemos la última palabra sobre la eternidad, cuando evitamos todo sentimiento de culpa para evitar el juicio de Dios...

Se nos pide encarecidamente que tengamos Fe, pero la Confianza es más que un acto simple de fe, es una fe inmovible, tan firme que nada, ni las mayores tormentas y huracanes podrán hacerla tambalear, aunque su única base sea la de creer en un Dios que no vemos y que en ocasiones pareciera –solo pareciera– darnos la espalda y olvidarse de nosotros; en un Dios que aparentemente contempla indiferente el triunfo del mal; en un Dios que pareciera sordo a nuestras llamadas de auxilio cuando nuestra barca parece que se va a pique, cuando todo conspira en nuestra contra.

La confianza logra las mayores gracias que Dios guarda para las almas humildes y sencillas. Porque si obra de tan magnífica manera con las almas que guardan reservas en su entrega y amor, tratándolas como no se comportaría ni el más generoso y paternal de los reyes, **¡cómo no hemos de esperar que el Rey de Reyes trate aún más regiamente, más generosamente aún, a quienes se abandonan a su protección!**

Si este Rey soberano lo abandonó todo, lo entregó todo, no ahorró ningún sacrificio ni humillación para rescatar a sus criaturas de la vergonzosa servidumbre del pecado; si venció a la propia muerte por amor a nosotros. **¿Cómo no habremos de confiar en Él?** Más si a pesar de esto, al contemplar esta entrega, este holocausto divino, guardamos todavía reservas respecto a su amor, si dudamos de su bondad, su misericordia y su perdón. Hermano. Yo te pregunto: **¿Qué más pudo hacer para demostrarnos su amor?**